

CAPÍTULO XXXIII.

Esquino. Demóstenes.

VIDA DE ESQUINO.—PROCESO DE LA CORONA.—ELOCUENCIA DE ESQUINO.
—VIDA DE DEMÓSTENES.—DISCURSOS DE DEMÓSTENES.—MUERTE DE DEMÓSTENES; HONRAS TRIBUTADAS Á SU MEMORIA.—ELOCUENCIA DE DEMÓSTENES.—DISCURSO PARA CTESIFON.—ESTILO DE DEMÓSTENES.—IRONÍA DE DEMÓSTENES.—SUBLIMIDAD DE DEMÓSTENES.—ELOCUENCIA POLÍTICA DESPUES DE DEMÓSTENES Y ESQUINO.

Vida de Esquino.

Esquino, el rival mas famoso de Demóstenes, nació en Cotocia (Atica), en el año 393, siendo sus padres un pobre maestro de escuela y una tocadora de tímpano. Primero fué atleta, luego cómico de la legua, despues amanuense ó secretario de un magistrado; por último, á la edad de cuarenta años poco mas ó menos, abrazó la carrera política, y en poco tiempo llegó á ser uno de los principales personajes de Atenas. Era un hombre de buena presencia, dotado de sonora y armoniosa voz, de entendimiento muy cultivado, muy penetrante y sutil; y á pesar de su pobreza, en su mocedad fué á oír las lecciones de Platon é Isócrates. Esquino fué un filipista moderado, y por mas que dijese Demóstenes, uno de los jefes mas honrados del partido macedónico. No queremos decir que Esquino fuese siempre un modelo de virtud, y que nunca aceptase ninguna dádiva de Filipo; pero á lo que parece, todo prueba que si fué un hombre arrebatado, violento y hasta injusto, no merece empero los títulos de mal ciudadano, traidor y alma venal que tanto le prodigó su enemigo.

Los primeros tiros partieron de Demóstenes al regresar de la embajada de Macedonia, á la cual pertenecian ambos, pero de la que volvian con sentimientos muy opuestos: Demóstenes, abiertamente declarado por la guerra contra Filipo; Esquino, por el contrario, muy dispuesto á tratar pacíficamente con el macedonio. Timarco, amigo de Demóstenes, preparábase á acusar en forma á Esquino ante el pueblo; pero este se adelantó á aquel, y hasta le hizo condenar en virtud de la ley de Solon que degradaba de los privilegios cívicos á los pródigos y á los hombres de costumbres infames. Poseemos el alegato *Contra Timarco*, uno de los discursos mas virulentos, mas crueles y mas hábiles que nunca se han pronunciado; pero del que no es posible transcribir cosa alguna, aunque haya llegado hasta nosotros suavizado por el mismo Esquino en algunos pasajes que antes eran mas violentos y mas ultrajantes, si cabe, de lo que hoy dia los leemos.

Poco tiempo despues, en 442, Demóstenes acusó ante el pueblo á Esquino, no precisamente de traicion, sino de prevaricaciones políticas, y pidió contra él la pena de muerte. Ese es el que se llama proceso de la Embajada. Esquino probó fácilmente que no habia faltado á sus instrucciones en su mision en la córte de Filipo, y que los argumentos de su adversario se reducian, á pesar de las apariencias, á presunciones, sospechas y calumnias. Su discurso, que poseemos, es una contestacion perentoria al de Demóstenes, que poseemos tambien; pero es una obra menos vehemente y menos viva. Con mas orden y precision en el relato de los hechos, con mas sagacidad y mas ingenio, y á pesar de la verdad que estaba de su parte, ó mejor dicho, á causa

de la misma verdad, Esquino se quedó algo frío, especialmente cuando se le lee despues de Demóstenes. Ganó su causa; pero el efecto producido por las elocuentes invectivas de Demóstenes parece que desde entonces amengó considerablemente la autoridad moral de Esquino.

Proceso de la Corona.

El proceso de la Corona, que duró hasta el año 330, y en que Esquino fué vencido, señala el apogeo y el fin de su carrera oratoria. He aquí de lo que se trataba. Un ciudadano llamado Ctesifon habia propuesto conferir á Demóstenes una corona de oro en recompensa de sus servicios, y ceñírsela en el teatro en presencia de todo el pueblo reunido. Esquino presentó contra Ctesifon una acta de acusacion algunos años antes de la muerte de Filipo; pero no pronunció su famoso discurso hasta al cabo de ocho ó nueve años, cuando el proceso, suspendido por los sucesos que siguieron á la derrota de Queronea, se continuó y falló definitivamente. Esquino demuestra muy bien en este discurso que la proposicion de Ctesifon es ilegal; que la ley prohíbe coronar á un ciudadano que no ha presentado sus cuentas, y que en todo caso la coronacion no puede verificarse en el teatro. Toda la primera parte de esta acusacion es un excelente alegato, irrefutable bajo el punto de vista jurídico. La segunda parte, en que Esquino pasa á demostrar que Demóstenes no ha prestado ningun servicio al estado, y que es el autor de todos los males de Aténas, es vivísima, á veces patética, y siempre brillante; pero los argumentos son con harta frecuencia débiles ó viciosos, y no convencen bastante. Se ve demasiado al enemigo injusto, al declamador,

al sofista, y no causa extrañeza que despues de los prodigios de talento, y hasta de elocuencia, Esquino quedase mal, aun teniendo en su favor el texto de las leyes. La admirable peroracion del discurso adolece hácia el fin de un rasgo de mal gusto. Citarémos este fragmento, uno de los en que mas se advierten las eminentes cualidades de Esquino, al par que sus defectos.

« ¿Qué pensareis de sus farfantonerías, cuando diga: Embajador, he arrancado á los bizantinos de manos de Filipo; orador, he sublevado contra él á los acarnanienses, y llenado de espanto á los tebanos? pues se figura que os habeis vuelto bastante cándidos de ánimo para creerle: como si en la ciudad sustentaseis á la Persuasion, y no á un sícofanta! Pero cuando al fin de su discurso llame para su defensa á los cómplices de su depravacion, ved, en esta tribuna donde hablo, á los bienhechores de la república colocados en frente de ellos para rechazar su audacia. Solon, que decoró á la democracia con las mas bellas instituciones; Solon, el filósofo, el gran legislador, os ruega con su natural blandura que no sacrifiqueis á las frases de un Demóstenes vuestros juramentos y las leyes. Aristides, que arregló las contribuciones de Grecia, y á cuyas hijas huérfanas dotó el pueblo, se indigna del envilecimiento de la justicia: « Sonrojaos, exclama, al pensar en la conducta de vuestros padres! Artmio de Zelia habia traído á Grecia el oro de los medos, y fijado su residencia en nuestra ciudad: proxeno del pueblo ateniense, se libró de la muerte para ser desterrado de Aténas y de todos nuestros territorios; y á ese Demóstenes, que ni siquiera ha traído el oro de los medos, sino que lo ha recibido por sus traicio-

nes y todavía lo posee , os disponeis á ponerle una corona de oro en la cabeza ! » Temistocles , en fin , y los muertos de Maraton , y los de Platea , y hasta los sepulcros de nuestros abuelos , ¿ no gemirán , decidme , si el hombre que segun confesion propia sirve á los bárbaros contra los griegos , es coronado algun dia ? Por mi parte ; oh Tierra ! ; oh Sol ! ; oh Virtud ! y vosotras , inteligencia , ciencia , con las que discernimos el bien y el mal ! he cumplido mi deber ; he dicho. Si he acusado el crimen con energía , y como lo merece , he hablado segun mi deseo ; segun mis alcances á lo menos , si he sido inferior á la tarea. En cuanto á vosotros , en vista de las pruebas que he suministrado , y de las que he podido omitir , fallad de conformidad con la justicia y el bien de la república. »

Ctesifon no fué condenado. Esquino solo obtuvo la quinta parte de los votos , en lugar de la mitad mas un quinto que necesitaba , segun la ley relativa á las acusaciones políticas. Multado en mil dracmas y avergonzado de su derrota , ausentóse de Atenas el mismo dia , y se retiró á Efeso , donde aguardó el regreso de Alejandro , que á la sazón se dedicaba á lejanas expediciones ; pero Alejandro no volvió , y despues de la muerte de su protector , Esquino fué á vivir en Rodas , donde abrió una escuela de retórica , cuya celebridad duró aun mucho tiempo despues de él. Murió en 314 en Samos , á donde habia ido para despachar algun asunto. Tenia setenta y nueve años.

Elocuencia de Esquino.

Esquino no escribió mas que los tres discursos que posemos , llamados por los antiguos las tres Gracias. Son unas

Gracias á veces un tanto muelles y afectadas , pero dignas con todo de su nombre. Quintiliano acusa con razon á Esquino de tener mas carne que músculos. Esquino es un artista y un hombre de imaginacion , mucho mas que un lógico poderoso. Dispone muy hábilmente el plan general de un discurso ; mas no sabe trabar estrechamente las partes , ni condensar los argumentos , ni producir aquella unidad de impresion que es el triunfo de la elocuencia. Es ardiente , arrebatado , lleno de animacion y brillantéz ; abunda de expresiones felices , y de figuras tan atrevidas como exactas ; á veces se extralimita de su objeto , pero muy pocas , si se juzga lo que dice , no segun las reglas de la verdad absoluta , sino segun lo que él conceptuaba ser verdad ; quizá pesa demasiado las palabras , como todos los que asistieron á la escuela de Isócrates ; pero nunca se le puede acusar de hablar por no decir nada : dice demasiado , mas veces que poco , y perjudica involuntariamente su causa. Dista mucho de ser un orador perfecto ; pero es de los mas perfectos que ha habido en el mundo.

Vida de Demóstenes.

Célebre ya en la época de los primeros pasos de Esquino en la carrera oratoria , Demóstenes tenia ocho años menos que su rival. Nació en Peania (Atica) , en el año de 385 , y á los siete de edad perdió á su padre , que era un rico armero. Sus tutores malrotaron su hacienda y descuidaron su educacion. A despecho de los mismos , fué á oír á Platon y á Euclides de Megara ; y la Academia no tuvo otro discípulo mas aplicado. Pronto resolvió perseguir en justicia á los miserables que habian abusado de su orfandad , toman-

do por maestro en sus estudios oratorios al Iseo de quien hemos hablado. Llegado á su mayoría , pleiteó contra sus tutores , y consiguió que se les condenase á cuantiosas restituciones. Es probable que Iseo le ayudó en la composición de los cinco alegatos que pronunció en el litigio , y que poseemos.

Luego quiso Demóstenes subir á la tribuna de las arengas , pero fué rechazado dos veces por la gritería del público. Su estilo pareció trabajoso y oscuro , y su pronunciación falta de facilidad y gracia. En vez de desalentarle , esos contratiempos enardecieron su ambición de gloria: encerróse durante algunos años en una soledad profunda , esforzándose con afanosa porfía para vencer sus defectos naturales , sumiéndose en la lectura , copiando varias veces á Tucídides , meditando , componiendo sin cesar , y sobretodo declamando ; por último volvió á presentarse al público , dueño de sí y de todos los recursos del arte. Tenía entonces veinte y cinco años , y en poco tiempo adquirió poder y renombre , aprovechando también su talento para enriquecerse. Escribía ó pronunciaba alegatos , como habían hecho Antifonte , Iseo y tantos otros ; y su carácter áspero y violento se adaptaba mas al papel de acusador ó demandante que al de defensor ó apologista. Los numerosos discursos judiciales que de él nos quedan no son mas que una parte insignificante de los que escribió ó pronunció.

Discursos de Demóstenes.

Los alegatos de Demóstenes bastarían por sí solos para dar á su autor una fama imperecedera : en ellos se advierten ya casi todas las cualidades que con tanta brillantez

desplegó en sus discursos , especialmente la razón apasionada , la dialéctica arrebatadora ; pero sus arengas al pueblo y sus alegatos políticos son tan superiores á sus alegatos forenses , como estos á los alegatos de Iseo y de los demás oradores áticos. Casi todas las *Filípicas* son obras maestras. En la defensa de Ctesifon , en el famoso discurso *de la Corona* , se vé á Demóstenes entero , vivo , inflamado todavía por el genio y por las pasiones que le animaban há mas de veinte siglos.

Por espacio de quince años no pudo Filipo dar un paso sin hallarse frente á frente con Demóstenes : sus proyectos , apenas insinuados , se denunciaban á la Grecia desde la tribuna del Pnyx ; Filipo veía surgir de todas partes enemigos á los acentos de aquella inspirada voz ; y Demóstenes no vacilaba en empeñar hasta su honra en aquella santa lucha , recibiendo el oro del rey de Persia para hacer rostro al de Filipo , y sembrándolo por la Grecia sin curarse de si maliciaban que se quedase su parte y vendiese también sus palabras. Dice Plutarco con evidente exageración que en Queronea Demóstenes soldado no fué digno de Demóstenes orador , y que el que tanto contribuyera á promover aquella desastrosa batalla abandonó su puesto y arrojó las armas. Los atenienses no se lo acriminaron , bien porque hubiese en su conducta circunstancias atenuantes , bien porque no exigiesen de un orador lo que tenían derecho á exigir de un militar , y particularmente de un general , como Lisicles.

Muerto Filipo , Demóstenes intentó sublevar la Grecia contra su sucesor ; pero la ruina de Tébas mostró que la Grecia había caído en poder de un señor mas terrible que

el primero. La ausencia de Alejandro dió lugar á que los atenienses se creyesen libres por un momento, y Demóstenes reconquistó todo su influjo, recibiendo por fin en el teatro, el dia del certámen de las tragedias nuevas, la corona de oro que tiempo atrás propusiera Ctesifon que se le confriese á nombre del pueblo, en premio de su lealtad y sus servicios.

Poco despues de su triunfo experimentó una acerba desgracia. Harpalo se trasladó á Atenas para ocultar el fruto de sus rapiñas, y compraba la proteccion de los oradores, á fin de que se le permitiera permanecer en la ciudad. Primeramente Demóstenes propuso expulsar á Harpalo, y despues se abstuvo de hablar el dia en que se acordó que Harpalo saliese de Atenas. El silencio á que le obligaba, segun decia, una angina que le habia quitado la voz, fué interpretado en contra suya. Incluyéronle en la causa que se formó á los fautores de Harpalo, y el Areópago le condenó á una multa de cincuenta talentos (4): la sentencia le constituia prisionero hasta que hubiese satisfecho esa enorme suma. El pueblo ratificó el fallo. El acusador de Demóstenes fué Estratócles, y Dinarco sostuvo la acusacion.

Ya hemos dicho mas arriba que tenemos el discurso de Dinarco. Es obra de un hombre violento, rencoroso, lleno de hiel, pero hábil, ingenioso y hasta elocuente. Es probable que antes de hablar releyó Dinarco la arenga de Esquino *contra Ctesifon*. No es siempre indigno de ese modelo. Hé aquí un pasaje muy vivo, que recuerda hasta cierto punto la hermosa peroracion de Esquino: «Si perdonaís á Demóstenes ¡oh atenienses! me dirigiré á los anti-

(4) Un millon de reales. (N del T.)

guos héroes de la patria; invocaré á Minerva, protectora de Atenas; invocaré á nuestras divinidades tutelares; invocaré al infierno, apelaré á las Furias! Les diré: Los jueces de Atenas no han castigado al acusado del pueblo; sí, al criminal que se vendió para hacer traicion á la patria, le han perdonado; han perdonado al criminal cuyo funesto genio ha paralizado todas las fuerzas de Atenas; al hombre cuya existencia solo es apreciada por los enemigos de Atenas; al hombre cuya muerte desean todos los buenos ciudadanos, habiéndola merecido veinte veces, persuadidos de que solo su caida levantará vuestra fortuna!» Estratócles y Dinarco eran unos calumniadores, y por mas que diga Plutarco, nada recibió Demóstenes de Harpalo. No nos fundamos solamente en que Demóstenes protestó siempre su inocencia, sino en que el tesorero de Harpalo, capturado en Rodas por el macedonio Filóxenes, y puesto á cuestion de tormento, nombró á todos los que habia sobornado Harpalo, sin pronunciar nunca el nombre de Demóstenes. Filóxenes, que ninguna razon tenia para guardar consideraciones al enemigo de Alejandro, obró lealmente declarándolo así en las cartas que escribió á los atenienses para revelarles lo que acababa de saber sobre el particular.

Muerte de Demóstenes; honras tributadas á su memoria.

Demóstenes se escapó de la cárcel, y pasó algunos años en un destierro que le parecia peor que la muerte. La noticia de que Alejandro ya no existia le curó de su tristeza y le devolvió toda la actividad de la juventud. Corrió á reunirse con los embajadores de Atenas, que se esforzaban para formar contra los macedonios una nueva coalicion de

los pueblos griegos; y en breve regresó á su patria, llamado por el deseo unánime de sus conciudadanos. Hicieron un recibimiento magnífico, y aquel año le encargaron el sacrificio á Júpiter Salvador, valiéndose de este medio para eximirle del pago de la multa. Destinábase comunmente una suma á los gastos de la ceremonia, y para ellos recibió Demóstenes cincuenta talentos, con los cuales satisfizo al fisco dicha multa. La batalla de Cranon, en 322, frustró las esperanzas de los amigos de la libertad. Antípatro y Crátero impusieron su voluntad á la Grecia; púsose una guarnicion macedónica en Atenas, y decretóse la muerte de Demóstenes. Este huyó con algunos amigos, condenados como él á la venganza de los vencedores; trasladóse solo á la isla de Calauria, y refugióse en el templo de Neptuno. Viendo los satélites de Antípatro que en vano trataban de inducirle á salir del santuario, disponíanse á sacarle por fuerza; pero él les ahorró este sacrilegio: tomó un veneno que siempre llevaba consigo, avanzó hácia la puerta del templo, cayó al pasar por delante del altar del dios, y los soldados le levantaron ya cadáver.

Cuando comenzó la ciudad de Atenas á respirar y recobró una sombra de independencia, rehabilitó la memoria de Demóstenes. Democares, sobrino del orador, hizo adoptar un decreto, en el cual se exponen en brillantes términos todos los servicios prestados por Demóstenes á la patria y á la libertad; y en virtud del mismo, se le erigió una estatua de bronce con esta inscripcion: «Si tu fuerza, Demóstenes, hubiese igualado á tu genio, nunca hubiera mandado en Grecia el Marte macedonio.»

Elocuencia de Demóstenes.

Con razon ha observado el bueno de Plutarco que faltaron algunas cosas á Demóstenes, en particular la verdadera entereza de ánimo, y que á pesar de todo su genio no mereció figurar entre los oradores antiguos, entre los que, como Pericles, habian sido grandes estadistas al par que expertos y bizarros generales. De la altiva firmeza que la conciencia de grandes obras realizadas daba á Pericles, Demóstenes, tan desgraciado en sus empresas, no tenia á menudo mas que la apariencia. Carece de la sencilla y sublime majestad que caracterizó la elocuencia de Pericles, y por mas que digan los retóricos, olvidóse demasiado de rendir culto á las Gracias, hasta á las Gracias un tanto varoniles y severas cuyo dichoso favorito fué entre todos Pericles. Hechas estas salvedades, nos adherimos á todos los elogios de que antiguos y modernos han colmado á porfía á Demóstenes. Solo negamos que este orador corresponda enteramente á la idea que puede formarse de la elocuencia, y que nunca deje nada que desear. Es el orador mas completo de cuantos han escrito; mas no la elocuencia personificada, como algunos afirman, ni el ideal del orador.

Pasamos por alto los defectos que otros le notan, como el de no tener siempre un plan perfectamente claro, y el de andar á tontas y á locas, en lugar de seguir un orden metódico. Las *Filípicas*, que en general son breves, abarcando cada una de ellas un escaso número de hechos, no caben en esa acusacion. Los grandes discursos, para no estar compuestos con un arte ostensible á primera vista, tienen la verdadera unidad que no pueden reemplazar las mas hábi-

les disposiciones de partes: queremos decir que todos se fundan en una idea principal, de la que las demás solo son preparaciones, desenvolvimientos y corolarios.

Discurso para Ctesifon.

Véase el discurso *de la Corona*, y dígasenos si despues de oír á Demóstenes podían los atenienses vacilar en reconocer que habia tenido razon en aconsejar la guerra en que fueron vencidos. Esta es la idea que aparece en todas formas, y de la que no distraen nuestro ánimo la apología del decreto propuesto por Ctesifon, ni las invectivas á Esquino enderezadas. Justificar á Ctesifon es para el orador enaltecerse á sí mismo; acusar á Esquino es provocar la comparacion y preparar los ánimos á recibir con confianza los argumentos que derribarán el edificio construido por el odio. Examínese todo el discurso: nada hay que no conspire mas ó menos directamente á manifestar la idea que hemos indicado; nada que no redunde en alabanza de Demóstenes y en confusion de Esquino. Al referir lo que ha hecho y querido hacer es cuando Demóstenes se muestra principalmente en la plenitud de su genio. Mientras confiesa que le ha faltado algo, prueba que ha obrado prodigios, y provoca las aclamaciones. Vamos á insertar uno de esos pasajes justamente admirados, donde se unifican, digámoslo así, la razon y la pasion, y de donde parece que brota á llamara-das la evidencia.

«A donde quiera que me hayais enviado de embajador, nunca he vuelto vencido por los diputados de Filipo, ni de la Tesalia, ni de Ambracia, ni del país de los ilirios, ni de la córte de los reyes tracios, ni de Bizancio, ni de otro cual-

quier lugar, ni últimamente en fin de Tébas; pero lo que yo conseguia de sus diputados con la palabra, sobreviniendo él lo destruia con las armas. ¡Y me inculpas! y no te sonrojas de exigir, mofándote de mi cobardia, que yo por mi solo haya sido mas fuerte que todo el poder de Filipo; y eso con la palabra! Pues ¿de que otro recurso disponia yo? no era dueño de la vida de nadie, ni de la suerte de los que combatiéron, ni de la direccion de las operaciones militares; y de eso me pides cuenta! ¡Qué delirio! Sobre todo los deberes al orador impuestos, examíname como quieras, consiento en ello. ¿Que deberes son esos? Estudiar los negocios desde su principio, prever sus resultados y comunicarlos á los ciudadanos: eso es lo que he hecho; corregir hasta donde es posible los entorpecimientos, las irresoluciones, las ignorancias y las rivalidades, vicios de que necesariamente adolecen los estados libres; impeler á los ciudadanos á la concordia, á la amistad, al celo por el bien público; todo eso, yo lo he realizado, y nadie puede acusarme de haber omitido nada de lo que podia... He hecho mas aun. No dejándome corromper por el oro, hé vencido á Filipo; pues así como el comprador triunfa del que se vende y recibe el precio de la venta, así el hombre puro é incorruptible triunfa del mercader. Por consiguiente, Aténas es invicta en mi persona.

Estilo de Demóstenes.

Hase comparado al orador político con el hombre á quien una mano irresistible empuja adelante, que anda sin cesar, que no puede pararse y solo de camino puede respirar el aroma de las flores: imágen que sin duda se aplica á Demóstenes. Este orador se abandona á veces á valientes

arranques, ó hace brillantes pinturas; pero siempre y en todo se conoce que camina á una demostracion, y que pinturas y arranques son argumentos *sui generis*, y contribuyen á la grande obra de la persuasion. El estilo de Demóstenes no tiene siquiera como el de Esquino las galas semipoéticas que tiran á deleitar. Elévase á la poesía con el giro, con el vuelo del pensamiento, con la eleccion y posicion de las palabras; y en él se advierte algo del maestro que se habia buscado, de Tucídides, cuyo vigoroso estilo hemos analizado en otro lugar. Demóstenes es Tucídides trocado en orador político, con las diferencias profundas de carácter, de ideas y hasta de diction, que supone el tránsito de los templos serenos de la sabiduría al borrascoso mundo de las pasiones y de las envidiosas rivalidades.

Ironía de Demóstenes.

No enumeraremos aquí las cualidades que los críticos de todas las épocas han notado en los discursos de Demóstenes; pero observaremos que este orador, que con tanta frecuencia *platoniza*, y que con tanta nobleza expresa las mas puras y eminentes doctrinas morales, es el que ha manejado con mas eficacia la terrible arma del ridículo. Su ironía es un puñal que él hunde y rehunde con infernal complacencia en el pecho de su enemigo. A la verdad, Esquino habria hecho reir mas de una vez á costa de Demóstenes, aun cuando le llamaba sutil farsante, ratero, verdugo de la república. Pero tambien ¡qué venganza! Véase á Demóstenes cuando habla de la torpe apóstrofe á la Tierra, al Sol, á la Virtud, y relata á su modo la historia de Esquino y la de su familia. Hacia tiempo que habian muerto el pobre maes-

tro de escuela y la tañedora de tímpano, y nadie se acordaba de ellos. Demóstenes les hace revivir, y ¡de qué manera! Atrómeto, esto es, Intrépido, nombre que Esquino daba á su padre al echar su firma, viene á ser Tromes, esto es, Trémulo; y Tromes es un esclavo, y el mas vil de los esclavos. Glaucoatea, nombre de la madre, es tambien, segun Demóstenes, de la invencion de Esquino: esta mujer es una prostituta, una novia de cada dia; es el Trasgo, como la llamaban con su verdadero nombre. Y despues de condenar esas liviandades, reales ó supuestas: «Vagamundo y esclavo, exclama, los atenienses te han hecho rico y libre, y léjos de agradecerse, te vendes para hacerles traicion!» El discurso abunda en alusiones mas ó menos punzantes á los oficios en que Esquino empleó su trabajosa juventud, y hácia el fin Demóstenes vuelve á poner en escena al esclavo Tromes y á Glaucoatea, que ya no podian mas; recuerda á Esquino el tiempo en que barria la sala del aula de Elpias, y el en que ayudaba á la bruja de su madre á verificar encantamientos mágicos. Ahora bien: el mismo hombre á quien arrastra la ira á excesos indignos del prudente, si no acaso del orador político, elévase sin esfuerzos ni sacudidas del fango que ha removido á las regiones ideales, á los pensamientos sobrehumanos que arrebatan nuestra alma de sí misma y de este mundo, y que son la sublimidad á que tan vanamente aspiran muchas y nobles almas.

Sublimidad de Demóstenes.

«Demóstenes aduce un argumento, dice Longino, en defensa de su conducta política. ¿Cuál era la forma que por sí misma se ofrecia? «No habeis faltado, atenienses, al ex-

poneros al peligro por la libertad y la salvacion de Grecia; y en prueba de ello teneis los ejemplos domésticos. Que no faltaron, no, los que pelearon en Maraton, Salamina y Platea.» Pero inspirado súbitamente como de un dios, y arrebatado, digámoslo así, por Febo mismo, pronuncia este juramento en que invoca á los héroes de Grecia: «No, no habeis podido faltar! lo juro por los que en otro tiempo arrojaron los peligros en Maraton.» Aquí le vemos... divinizar á los antecesores de los atenienses, invocando como á dioses á los que murieron como bravos, y al mismo tiempo recordar á sus jueces el noble orgullo de los que en otro tiempo expusieron su vida en aquella jornada, y transformar su argumento, elevándolo hasta lo sublime, hasta lo patético, imponiendo la conviccion con juramentos nuevos, extraordinarios. Al mismo tiempo tambien, infunde con sus palabras en los ánimos de los que le escuchan un bálsamo saludable que cicatriza las heridas: les consuela con sus elogios, y dales á entender que no han de preciarse menos de su combate contra Filipo que de las victorias de Maraton y Salamina.»

Cuentan que Esquino dió principio en Rodas á sus lecciones de retórica con la lectura de las dos arengas pronunciadas con motivo de la corona. Terminada la suya, resonaron los aplausos; y como se extrañaba que con tal obra maestra no hubiese vencido: «Aguardad,» dijo, y leyó el discurso de Demóstenes. Redoblaron los aplausos, y entonces exclamó Esquino: «Pues qué seria si hubieseis oido al mónstruo!»

Elocuencia política despues de Demóstenes y Esquino.

Demóstenes y Esquino no tuvieron herederos. Los que la Grecia esclava llamó aun oradores no eran sino declamadores y sofistas. Demetrio de Falero apenas merecia el nombre de orador, aunque hubiese sido discípulo de Demóstenes, y á pesar de sus talentos de estadista, de hablador hábil y de escritor. Sin juzgar de él por el tratado apócrifo *de la Elocucion*, no fué mas que un cultiparlista, segun confesion de los antiguos, una especie de Isócrates menos especulativo, que entendia bastante el arte de mandar á los hombres. Por lo demás, ¿para qué necesitaba la verdadera elocuencia aquel arconte decenal, elegido bajo el influjo de Macedonia, aquel gobernador de Atenas cuya voluntad no tenia trabas ni podia tenerlas?

CAPÍTULO XXXIV.

Historiadores del siglo cuarto antes de Jesucristo.

CTESIAS.—FILISTO.—TEOPOMPO.—EFORO.

Ctesias.

No nos queda ninguna de las obras históricas compuestas por los escritores que en el siglo de Demóstenes y Esquino quisieron mostrarse émulos de Herodoto, Tucídides y Jenofonte; pérdida vivamente sensible, primero y en particular por las noticias que aquellas obras darian de un sin número de materias, y en seguida porque sus autores, sin